

# Doce años en una biblioteca escolar

Elena Yáñez  
Catedrática de Inglés del  
I.E.S. Las Musas (Madrid)

Mi aspecto es gris, aunque en realidad nací de color azul turquesa. Desde hace años, cada persona que se acerca, pregunta: “¿y este libro gris tan viejo?” Pues sí, pertenezco a la colección extinta de los “Clásicos Ferma”. Desde luego que estoy descatalogado. Pero mi intención no es hablaros de mí, que puedo tener algún interés para los coleccionistas y poco más. Mi deseo es hablaros de una experiencia extraordinaria que imagino que pocos ejemplares de mi categoría y edad han tenido la oportunidad de vivir.

La verdad es que no recuerdo cómo llegué al que fuera Instituto de Formación Profesional y hoy Instituto de Educación Secundaria Las Musas, porque entonces yo estaba durmiendo el sueño de los libros olvidados, que es un sueño profundo pero sin sueños, es decir, un sueño amorfo. Fue a principios de la década de los 80 –después me enteré de que Tierno Galván ya era alcalde de Madrid y comenzaba la “movida madrileña”, y que Pedro Almodóvar cantaba con Fabio MacNamara en el Rock-Ola–. Tardaríamos unos cuántos años en empezar a despertar, en el 89 exactamente, un año en el que pasaron muchas cosas: cayó el muro de Berlín, a Cela le dieron el premio Nobel, murieron Dalí y la Pasionaria..., cambió la Dirección en el Instituto y se puso en mar-

cha la dinamización de la Biblioteca de las Musas.

Mis compañeros estaban en una situación parecida a la mía, no éramos más de cincuenta, creo yo. Cincuenta libros casi clandestinos, y digo clandestinos por lo olvidados, porque nos ignoraban, no porque fuéramos peligrosos, simplemente era como si no existiéramos. Estábamos prácticamente a oscuras todo el día, y nadie se ocupaba ni de quitarnos el polvo. El polvo, como sabéis, se va incrustando en nuestro organismo, incluso aunque te limpien, incluso aunque te lean, así que imagináros si nadie se preocupa ni siquiera de hojearte.

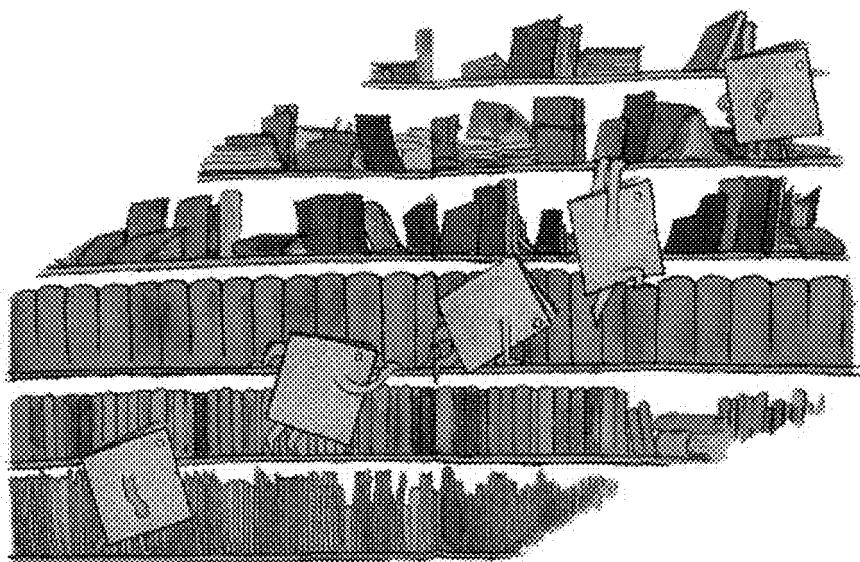
Tengo que decir que yo no he sido protagonista de esta historia, a mí ni siquiera me llegaron a catalogar, pero he sido, eso sí, un observador de primera línea, precisamente por eso, porque de tan viejo y con un título tan pasado de moda, siempre me quedaba en la estantería de “Pendientes”. ¿A qué adolescente o profesor le iba a interesar la *Fisiología del matrimonio*, por mucho que lo hubiera escrito Honoré de Balzac?

Como os decía, fue en el mes de septiembre de 1989 cuando empezó el revuelo, el *totum revolutum*, como lo calificó hace un tiempo una profesora de Lengua y Literatura, que se ponía nerviosa con tanto jaleo. Al principio, yo tampoco me lo tomé bien.

Un grupo de chavales, al mando de una profesora de inglés, la que se haría cargo de la biblioteca durante estos últimos doce años, irrumpió en lo que entonces creía yo que era una Biblioteca Escolar, oscura, silenciosa, en donde todos estábamos apilados sin que nadie nos molestara, y comenzaron a sacarnos de nuestras estanterías. Nos metieron en cajas y yo me asusté, pensé que de la caja iría a la basura. Allí nos tuvieron unos días, mientras desmontaban las librerías. Los chicos no hacían más que gritar y soltaban de vez en cuando palabrotas; luego aprendí que era su manera de hablar. Era realmente chocante después de tantos años de modorra. A mí me metieron con la colección “Tus Libros” de Anaya y los premios Planeta, encuadernados en rojo. Los libros de texto fueron a otras cajas y a muchos de ellos nunca los volví a ver. La nueva bibliotecaria decía que estaban obsoletos, con lo cual me quedé calladito por si me consideraba a mí también una antigualla.

Pero no, tuve suerte y fui de los que subí a la nueva biblioteca. Estaba en el primer piso, con una pared llena de ventanas. Aunque era un aula normal y corriente a mí me pareció un palacio. Todavía olía a pintura. Se sentían orgullosos los chicos de cómo les había quedado. En seguida me colocaron en el que luego fue mi sitio durante doce años. Un grupo de profesores pegaban corchos, los chavales claveteaban las estanterías, otros pusieron plantas, y hasta cuadros –más bien pósters pero con su marco y todo– de Picasso, Miró, el Equipo Crónica.... Empecé a sentirme bien. Habían conseguido un lugar acogedor. Pero yo todavía no estaba acostumbrado a tanto ruido, y de vez en cuando me sobresaltaba. Todo el mundo quería reunirse allí. En aquella época, hasta las mujeres de la limpieza se tomaban su almuerzo en la nueva biblioteca. Por un lado estaba contento porque eso significaba que podría llegar a ser un lugar importante; claro que, después de tanto tiempo de tranquilidad, a veces me rechinaban las hojas.

A mí, como os dije antes, me ubicaron en la estantería de “Pendientes”. Era una estantería que separaba el aula en sala de lectura y lugar de trabajo. Yo hacía cuentas de en qué librería me colocarían. Dudaba si prefería una luminosa, junto a las ventanas u otra que me permitiera un poco más de intimidad, sin sospechar que nunca me movería



Perico Pastor. *C. El pequeño libro que aún no tenía nombre*. Círculo de lectores. 1998.

del sitio. También a veces me apetecía que me colocaran con los libros de inglés, nunca viene mal aprender idiomas, y así podría tener algo en común con mi bibliotecaria.

En seguida comenzaron a llegar libros de otros lugares del Instituto, y de mucho más lejos. Préstamos interbibliotecarios y adquisiciones, los llamaban. Y con ello siguió el revuelo. Me sentí rejuvenecer con tanta actividad. Grupos de chicos y chicas, ayudados por la bibliotecaria y otros profesores comenzaron a registrarlos, clasificarlos, catalogarlos, pegar los tejuelos, e incluso meses más tarde compraron un ordenador, y metían los datos allí. Yo esperaba paciente a que llegara mi turno. En realidad, creí que iba a ser uno de los primeros, pero cada vez que la bibliotecaria –a ella le gustaba que la llamaran así, aunque seguía siendo profesora de Inglés– me cogía, me acariciaba las tapas y decía: “No, éste todavía no. A ver si encontramos otros antiguos y los ponemos todos juntos”. Yo quería enfadarme, precisamente porque era uno de los veteranos y todos los advenedizos me pasaban por delante, pero, por otro lado, la ternura con que me acariciaba me desarmaba y, además, seguía colocado en un lugar de privilegio como observador. Lo que no me imaginaba es que nunca me llegaría la hora, y ya no lo digo con reproche. Pero algún mal rato pasé porque me hubiera gustado ser protagonista en algún momento, como lo fueron los más de 9.000 libros que se clasificaron y catalogaron en todos estos años, y no sólo libros,



vinieron lo que llamaban nuevos soportes, vídeos, cassetes, CDs, CD-ROMs, con sus infulas de modernos, pero yo sigo pensando que donde esté un libro, con sus cubiertas, portadas, hojas, ilustraciones y olor, que se quiten los plásticos y pastas extrañas.

Tuve envidia, también, de mis compañeros que me pasaban por delante, porque nunca me exhibían en el expositor de novedades, o en la lista de novedades del *MOBI* o de *El Muso*. Para quien no lo sepa, el primero era un boletín de biblioteca, y el segundo el periódico del Instituto que sucedió al *MOBI*, que se hacía también en la Biblioteca.

Pero no sólo se hicieron periódicos. Durante años se confeccionaron revistas de prensa, tabloncillos culturales, sumarios de índices de revistas. ¿Os podéis hacer una idea del lío que se monta cuando hay grupos de chavales haciendo ese tipo de cosas? Casi tanto como en los recreos, con los préstamos, y los chicos que hablan, y si hablan bajito... También era un hervidero cuando los profes bajaban a grupos a trabajar allí. Hacían mucho ruido, pero a mí me gustaba ver a los chavales desordenar estanterías, abrir y cerrar enciclopedias, buscar en revistas, o en los dossiers de prensa. Verdaderamente era un revuelo, pero yo me sentía orgulloso, porque desde mi atalaya yo me imaginaba que era el director de orquesta. Y para ser sincero, he de decir que pocas veces se me acercó algún chaval. Y cuando ocurría, si me cogían me soltaban rápidamente. Me acostumbre a ello. No creo que nadie hubiera protestado si me hubiera perdido, como protestó la de Lengua el día que se perdió "el María Moliner".

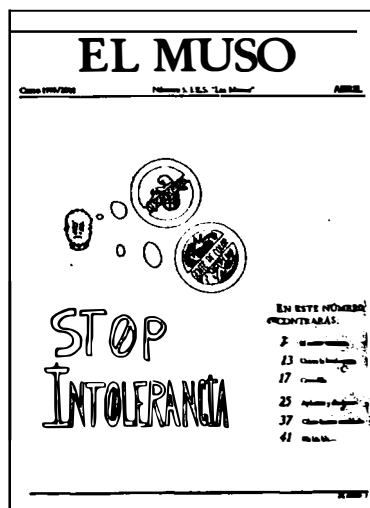
Las reuniones de profesores y profesoras eran más tranquilas. Vinieron muchas veces a la biblioteca para poner en marcha proyectos de formación, de innovación, para coordinar actividades y hasta algunas veces organizaban aperitivos literarios. Una vez, mientras un profesor leía un poema de Quevedo, alguien dejó descuidadamente un vaso de vino sobre mis tapas azules que parecen grises. Lo cierto es que me gustó el olor, pero pude disfrutarlo poco tiempo, porque en seguida la bibliotecaria me lo quitó de encima.

La biblioteca era pequeña pero bonita, con sus estanterías, sus plantas, sus cuadros, sus tabloncillos culturales... Pero no os podéis

hacer idea del colorido que adquiría cuando había exposiciones. Ha habido montones de exposiciones. Seguro que no puedo hacer una relación de todas ellas. A veces eran exposiciones porque sí, de trabajos que habían hecho los chicos en alguna clase, y las más era porque se celebraba algo: el Día de la Mujer Trabajadora, el Día contra el Racismo, una campaña de solidaridad con el Sahara, o con los damnificados del Huracán Mitch; y también de orientación profesional y universitaria. Pero las mejores para mí eran las de la Semana del Libro. Casi era un caos la biblioteca cuando se preparaban estas exposiciones, porque además colaboraba mucha gente, pero al final quedaban estupendas. Nunca hubiera tenido oportunidad de ver libros más antiguos que yo, o artesanía africana, o latinoamericana, o fotografías de los mapuches; y los cuadros y dibujos que hacían los alumnos para el concurso de plástica, o los de las páginas Web, o los relatos, cartas, etcétera. Verdaderamente, un *totum revolutum*, lleno de magia y de vida.

Ahora bien, tengo que decir que las tardes eran mucho más tranquilas. Pequeños grupos de chavales iban a estudiar o a hacer trabajos, y hacían poco ruido y, por supuesto, los fines de semana nos dedicábamos a descansar y a dormir, pero curiosamente, durante esos doce años, mi sueño estuvo poblado de sueños hermosos.

De todo el "revolutum", os tengo que confesar que con lo que más he llegado a disfrutar es con los encuentros con autores, incluso más que con los cuentacuentos que tanto me gustaban. Quizá por afinidad, porque en mis páginas habla un autor. Porque me parecía que yo entablaba una conversación con ellos. ¡Qué sé yo! Fue emocionante oír la voz vibrante y enérgica de José Hierro recitando poemas suyos, se me humedeció el lomo; o la voz socarrona y dificultosa con la erre de Juan José Millás. Con Juan Madrid aprendí la diferencia entre la novela policiaca y la novela negra. Y os preguntaréis que para qué me sirve a mí conocer esas diferencias si yo ya estoy escrito, pues me gustó. Javier Reverte fue entrañable, había escrito su *Sueño de África*, y todavía no era un best-seller. Vino durante la Semana del Libro sobre África, evidentemente. Han pasado muchos otros autores, Alberto



Millares, Pablo Sanz, M<sup>a</sup> Victoria Reyzábal, Clara Obligado, Pablo Barrena, Andreu Martín, Javier Satué... Oírles, temblar, reír, sentir con ellos, fue una experiencia inolvidable.

Un día la bibliotecaria presentó su dimisión. La oí decir que estaba harta de tener que mendigar cada año tres malditas horas de reducción lectiva. Eso decía. Pero yo creo que lo que pasó es que a algunos no les gustaba que la biblioteca fuera un *totum revolutum*, algunos que siempre han estado ahí pero que no se atrevieron a decirlo hasta que cambió el equipo directivo. Os voy a poner un ejemplo que puede ser ilustrativo de lo que estaba pasando el último año, desde que cambiaron las cosas. Un día el Director y la Jefe de Estudios trajeron a la biblioteca a siete u ocho alumnos castigados. Hacía años que no se producía esta situación. La bibliotecaria dijo que estábamos dando un paso atrás y que además el Reglamento de Régimen Interno lo prohibía. No os podéis imaginar la respuesta. Se me quedó grabada en la espina dorsal. Le

dijeron que como se pusiera tonta iban a convertir la biblioteca en aula de castigados. ¿No es para que se te pongan las tapas de punta? Yo desde luego también hubiera presentado mi dimisión. Pero no le dije nada, porque la vi muy triste. Tristísima, como nunca la había visto. Ese día me cogió de la estantería, me miró durante unos minutos como si fuera un diccionario ilustrado a todo color, y me apretó contra su pecho. Días después supe que la iba a sustituir el profesor de Religión. Y para que veáis que yo tenía razón, que no era un problema de horas, a este profesor le dieron seis horas de reducción lectiva, para completar su horario.

Ahora vivo en la casa de la ex-bibliotecaria. Me quiso traer con ella. Me dijo que no podría acostumbrarse a no acariciar mis tapas azul turquesa que parecen grises, como lo ha hecho casi cada día durante estos doce años. A no aspirar mi olor a viejo.

“Afortunadamente” –me dijo–, “nunca te catalogué”. ☺

---

# PUBLICIDAD

## El eterno conflicto de las horas

Desde el curso 1989-90 hasta el 2000-01, la profesora de Inglés Elena Yáñez ha sido la persona encargada de la Biblioteca del Instituto de Educación Secundaria Las Musas (Madrid).

Desde el curso 1989-90 hasta el 91-92, se hace cargo de la biblioteca, sin ninguna reducción horaria por dedicación a la biblioteca y con una reducción lectiva de 3 horas por Jefatura de Departamento de Humanidades (FP).

Durante los cursos 92-93 y 93-94 coordina un Proyecto de Innovación aprobado por el MEC-Comunidad de Madrid, *Taller de Documentación y Biblioteconomía*, sin ninguna reducción lectiva. Cesa como Jefe de Departamento y cuatro de sus horas lectivas las dedica al Taller (trabajo directo con alumnos). En el Proyecto colaboran dos profesoras más.

Durante el curso 94-95 disfruta de una licencia por estudios, y realiza el *Curso de Especialista Universitario en Documentación Pedagógica*. Ese mismo año prepara el Proyecto de Formación en Centros, *La Biblioteca Escolar y el desarrollo de la Logse*, que se desarrolla durante los cursos 95-96 y 96-97. En este Proyecto participan 14 profesoras y profesores, y se ponen en marcha distintas actividades como la Semana del Libro (también se presentó el proyecto en la convocatoria de la Comunidad de Madrid), centralización de los fondos, formación de usuarios, tabloneros culturales, edición del periódico *El Muso*, etcétera. Durante esos dos años tiene una reducción lectiva de 1 hora para la biblioteca y 2 horas para coordinar el proyecto. Ningún otro profesor tiene reducción por dedicación a la biblioteca. Desde el curso 96-97 es nombrada Jefe del Departamento de Inglés, al haber adquirido la condición de Catedrático el año anterior, por lo que acumula tres horas más de reducción lectiva por dicho cargo (un total de 6 horas).

Durante el curso 97-98, para dar continuidad al trabajo de biblioteca, pone en marcha y coordina el grupo de trabajo *Integración del uso de la biblioteca escolar*, en el que participan 14 profesoras y profesores. Ese curso dispone de una reducción lectiva de una hora por ser profesora encargada de biblioteca más las 3 de la Jefatura del Departamento. Se da la circunstancia de que algunos de los profesores y profesoras que participan tanto en este proyecto como en el anterior de Formación en Centros, no sólo no disponen de reducción lectiva, sino que tampoco en sus horas complementarias tienen horas de biblioteca (por necesidades del Centro).

Ante la presión de la Asociación de Padres de Alumnos, durante los cursos siguientes, se le aumenta la reducción lectiva, de 1 hora a 3 para dedicación a la biblioteca (más las 3 horas por Jefatura de Departamento).

Durante el curso 2000-01 hay un cambio del Equipo Directivo. La nueva Jefa de Estudios no es partidaria de que Elena Yáñez tenga acumulación de reducción horaria, es decir, 3 horas por biblioteca y 3 horas por departamento de Inglés, planteando que la quiere optimizar para el departamento de Inglés. Ante múltiples presiones y hostigamientos, Elena Yáñez presenta, en junio, su dimisión como bibliotecaria.

Inmediatamente, es nombrado encargado de la biblioteca, el profesor de Religión. Una de las razones aludidas es la necesidad de completar su horario. Actualmente el profesor de Religión disfruta de una reducción lectiva de 6 horas para dedicarse a la biblioteca, completando así su horario lectivo.

Y así, amigas y amigos lectores, se escribe la historia de las bibliotecas escolares en España. ■